

MODERNIDAD

Sexo y género, la identidad feminista

ESTE es un artículo sobre la moda. No sobre las modas indumentarias, decorativas o de comportamiento, sino sobre las filosóficas. En la trastienda de cada momento histórico hay un sistema de creencias que dirige en parte nuestra forma de pensar, de querer, de actuar, de sentirnos triunfantes o fracasados. Son filosofías implícitas que se viven más, que se reflexionan, y que conviene conocer para evitar en lo posible que nos conviertan en marionetas. Les prometí que iba a hacer filosofía de lo que pasa. Pues bien, una de las cosas que pasan en la trastienda es el enfrentamiento entre la modernidad y la posmodernidad. Modernidad es la cultura alumbrada por la ilustración. Cree en la Razón, en la Ciencia, en el Progreso, en la Ética universal y piensa que la Humanidad tiene una historia única impulsada por los grandes sueños de la Razón. Al comienzo de este siglo, esta cultura entró en crisis. Se empezó a desconfiar de la razón y de la ciencia, acusándolas de haber creado monstruos. Entró en crisis la idea de progreso tras la experiencia del horror. Y, por último, se pensó que hablar de una historia única era una manía del imperialismo occidental. A este nuevo modo de pensar que prolonga y se revuelve contra la modernidad, se le llamó posmodernismo.



El Pensamiento de José Antonio Marina

QUÉ TIENE que ver esto con el ciudadano de a pie y con la vida diaria? Mucho. La modernidad había sido una ideología de la libertad, que animó a todos los que se sentían discriminados para que lucharan por su autonomía. Los pensadores de la ilustración no eran feministas, ciertamente, pero su afán de justicia sí. Las mujeres comenzaron a rebelarse contra una situación injusta en el terreno jurídico, laboral, político y educativo. Nuestra cultura había establecido una serie de oposiciones: razón/sentimiento, cultura/naturaleza, público/privado. La razón, la cultura, lo público eran masculinos. El sentimiento, la naturaleza, lo privado eran femeninos. Esta atribución de características explica muchos sucesos de nuestra historia reciente. La mujer aparece como un ser irracionalmente dominado por los sentimientos, voluble y vulnerable, que necesita la tutela del hombre, no sólo en el campo familiar sino en el político. Y esta creencia, defendida por seducidos filósofos, médicos y teólogos, abrió la puerta a increíbles disparates jurídicos.

Huyendo de esa ofensiva tutela, las mujeres han buscado, con razón, la autonomía económica. Para conseguirla necesitaban una capacitación cultural, una redefinición de las tareas, de la relación con el dinero, de los modelos de éxito. Esto las impulsó a luchar por la autonomía política y jurídica. Por fin, su meta fue la autonomía erótica. Durante siglos, la mujer había aceptado un

modelo de dependencia sexual que implicaba una pasividad real o fingida. Ahora ha reivindicado su derecho al deseo, al placer, a la exteriorización de ambos, exigiendo la redefinición de los pactos y contratos sexuales.

Hasta aquí, las mujeres defendían una autonomía igualitaria. Aspiraban a tener los mismos derechos que los hombres. Para ello aprovechaban la energía emancipatoria de la modernidad. Pero con la llegada del posmodernismo, las cosas

Las mujeres aprovecharon la energía emancipatoria para defender su autonomía igualitaria



AMETXA GRANFEX

Nº4 Septiembre 1997

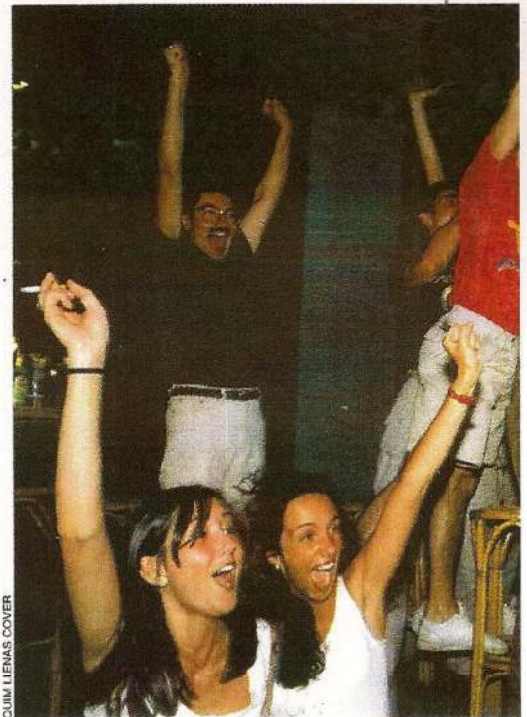
cambian. Ya no están de moda los ideales igualitarios sino la glorificación de lo peculiar. Lo que los grupos marginados quieren no es la aceptación sino el orgullo de la diferencia. Hay una afirmación vindicativa de viejos agravios. Comienza a defenderse una tesis metafísica que tiene consecuencias cotidianas: se niega la idea de naturaleza y de esencia.

Temo no ser lo suficientemente elocuente para explicarles el influjo de la metafísica en nuestra vida. Cada vez que decimos "eso va contra la naturaleza" o "eso es un derecho natural" o "eso es antinatural", estamos afirmando que existe una naturaleza, una esencia, común, inmutable, que impone su legalidad irremediamente. Los machistas de todos los tiempos han apelado a la naturaleza, a esa esencia intemporal, para marcar las diferencias entre el hombre y la mujer. La mujer ocupa el puesto que ocupa por su naturaleza. Las feministas, apoyándose en el pensamiento posmoderno, responden que la idea de esencia es machista, y que las diferencias entre hombre y mujer no son naturales sino cul-

turales. Impuestas, pues, por una sociedad patriarcal.

No es que las pensadoras feministas ignoren que el hombre tiene testículos y la mujer ovarios, lo que pasa es que tampoco ignoran que durante siglos se repitió en los tratados de medicina que los órganos femeninos eran una carencia. Se niegan, sobre todo, a admitir lo que acerca de la esencia de la feminidad han dicho... los hombres. Simone de Beauvoir, en su libro *El segundo sexo*, lo expone contundentemente: "No se nace mujer, se hace una". De ahí el empeño actual en distinguir los sexos (macho, hembra), que son acontecimientos naturales, de los géneros (masculino, femenino), que son acontecimientos culturales.

TRAS afirmar que lo importante no es el sexo sino el género, las feministas rechazan la cultura que les ha situado en una posición que consideran injusta para la mujer. Si lo importante es la cultura, es preciso dar una visión femenina de la cultura. A partir de ese momento, las feministas no quieren igualdad, quieren la diferencia. El posmodernismo las permite reivindicar su propia historia. Aparecen los *Women's Studies*, dedicados a reescribir la cultura desde el punto de vista femenino. La histo-



QUIM LIEMAS COVER

Beauvoir: "No se nace mujer, se hace una"

ria se ve en términos de poder. El autor de moda es Foucault. El término *Women's Studies*, que apareció en el mundo académico a finales de los sesenta, está copiado de los *Black's Studies*. Aparece entonces una internacional de los marginados. Los negros, las mujeres, los gays.

LIBRO

Carme Castell ha reunido una interesante colección de estudios que critican, desde un punto de vista feminista, algunas afirmaciones éticas y políticas que empiezan a aceptarse como dogmas de fe. La idea de autonomía, de universalidad, de imparcialidad, de sujeto abstracto, de democracia liberal son analizadas desde un ángulo nuevo, agudo e incordiante. Las autoras defienden una idea de autonomía no fundada en la autosuficiencia sino en las relaciones afectivas; advierten que fundar una ética sobre un sujeto abstracto, universal, racional, puede deshumanizar la ética; niegan que lo privado esté fuera del ámbito político. Me ha interesado en especial el trabajo de Marilyn Friedman porque muestra que el relativismo moral puede convertirse en una justificación de la moral del más fuerte. No es signo de progreso sino de regresión moral. Lo posmoderno resulta muy primitivo.

Perspectivas feministas en teoría política. Carme Castells (Compiladora)
Paidós, Barcelona, 1996, 206 páginas

Los machistas han apelado a la naturaleza para marcar las diferencias entre el hombre y la mujer



AMETVA GRAFIK

ÉXITOS MASCULINOS Y FEMENINOS



Ninguno de ellos pide ya la igualdad. Esa se da por supuesta. Lo que se quiere es reivindicar la propia identidad.

Pero ¿qué identidad? He de hacer un paréntesis autobiográfico que tal vez le suene engreído al lector. A veces tengo la impresión de que sobre mi mesa de trabajo está el mundo entero. Ésta es una de ellas. Si traigo a la pantalla de mi ordenador el archivo *Identidad*, compruebo que es uno de los temas en el candelero. En el número de julio les hablé de las identidades nacionales, en éste aparece la identidad genérica, racial, sexual. En el mundo posmoderno, que favorece la fragmentación y admira la diferencia, pertenecer a un grupo es lo importante... Pero si la identidad es un fenómeno cultural, histórico, construido, se presenta como un problema. ¿Cuál es la identidad femenina? La cosa no para ahí porque hasta ahora los dos sexos/géneros se han definido recíprocamente y, al desligarse de esta reciprocidad el sexo femenino, el masculino queda también obligado a definirse. Ya en 1959, la psicóloga norteamericana Ruth Hartley decía que ante todo el niño se identifica negativamente. "Muchos

niños definen de manera muy simple la masculinidad: lo que no es femenino".



AMETXA GRAFIX

EN QUÉ cifra usted la felicidad? Los filósofos antiguos creían que la respuesta a esta pregunta mostraba la índole de una persona. Prefiero una versión menos pretenciosa de esa cuestión. ¿En qué cifra usted el éxito? El éxito es uno de los seudónimos de la felicidad. Saber qué idea tiene un hombre o una mujer del éxito o del fracaso nos permite conocer gran parte de su metabolismo afectivo. Hay éxitos sociales y éxitos íntimos. Hay, igualmente, fracasos sociales y privados. Acabaremos domiciliando nuestro corazón allí donde domiciliamos nuestro triunfo. Antes, cuando se decía de una mujer que tenía mucho éxito se estaba hablando de su poder de seducción. ¿Y ahora? Suelo revisar periódicamente las revistas femeninas de mayor tirada y no parece que las cosas hayan cambiado mucho. Tengo frente a mí un ejemplar de *Woman* que titu-

la en portada: Todo sobre la seducción. Otro de *Ragazza*, la revista que leen mis alumnas: Trucos totales para que se repita después de la primera cita.

Hay, sin duda, grandes novedades. Hasta hace poco muchas mujeres se consideraban fracasadas si no se casaban o si no tenían hijos o si no alcanzaban la plenitud de un amor romántico. Ahora empiezan a valorar más el triunfo laboral. Tradicionalmente han reclamado la fidelidad y ahora, al menos en teoría, la desdeñan. La infidelidad aparece como un símbolo de igualdad entre hombres y mujeres. Les confieso que no sé cómo interpretarlo. Una de las paradojas de nuestra cultura es que hay una revalorización del ámbito íntimo y al mismo tiempo una desconfianza hacia las delicias de la vida íntima. En fin, saber lo que sentir es más difícil de lo que parece.

lidad: lo que no es femenino". Para hacer valer su identidad masculina deberá convencerse y convencer a los demás de tres cosas: que no es una mujer, que no es un bebé y que no es homosexual.

Si esto es así, y lo es en parte, nos encontramos en un curioso momento de indeterminación y búsqueda. La mujer busca su identidad, el hombre busca la suya y esta falta de modelos estables afecta a niveles profundos de nuestra vida: a las relaciones sexuales, los sentimientos y la familia fundamentalmente.

HAN SIDO las pensadoras feministas las que han llevado más lejos la reivindicación de su identidad. Hay que reconocerles su energía innovadora. Quieren definirse sin referencia a los hombres, quieren reescribir la historia, y están decididas a defender los valores femeninos como más altos que los masculinos. La mujer posmoderna no quiere ya la igualdad con el varón, quiere que la propia identidad femenina sea criterio de evaluación. De nuevo aquí nos encontramos en un debate muy actual. Al defender el valor de todas las culturas, de todas las identidades, el posmodernismo defiende la re-

latividad de todos los valores. Cada grupo define sus criterios. Esto ha llegado a su máximo nivel en la polémica sobre lo políticamente correcto.

Si embargo, las cosas no son tan sencillas. Dentro del movimiento feminista se están elevando voces contra este relativismo posmoderno por una razón que conviene meditar. Dice, con razón, que el relativismo posmoderno acaba legitimando cualquier diferencia, con lo que se evapora la noción de justicia y de injusticia. En efecto, si no hay una escala de valores universal, unos derechos comunes, no hay manera de criticar desde un fragmento del mundo el modo de comportarse de los otros fragmentos. Si todas las culturas son equivalentes, también lo es la cultura machista. El debate ideológico se convierte en mera lucha por el poder. Es la vuelta a la selva.

La única solución que se me ocurre es afirmar al mismo tiempo la universalidad de lo común, y el valor de la diferencia. Unificar la razón moderna y la estética posmoderna. A esta unión de lo universal y de lo diferente lo llamo ultramodernidad, y creo que será la próxima moda filosófica. **M**

Las feministas están decididas a defender los valores femeninos como más altos que los masculinos